

COUTRAS, Jacqueline, 1987, *Des villes traditionnelles aux nouvelles banlieues*. París, SEDES, 171 pp.

El libro de Jacqueline Coutras aparece en un momento en que la aportación femenina a la población activa francesa representa más de 2/5 partes y que, a pesar de las previsiones legislativas, para una efectiva igualdad de derechos, existe una difícil situación en zonas como la Île de France, donde la gran mayoría de la mano de obra femenina trabaja en el sector terciario con empleo no calificado y baja retribución. Es en este contexto donde debe enmarcarse y valorarse especialmente la aportación del trabajo referenciado.

El estudio se basa en una serie de encuestas abiertas y de carácter personal que han permitido a la autora penetrar en la vida cotidiana femenina para extraer las bases de su organización temporal y espacial.

El trabajo se propone destacar la naturaleza de los vínculos (funcionales, psicológicos e ideológicos) que caracterizan la relación de las mujeres con el espacio público frecuentado habitualmente. Por otra parte, se propone apreciar las circunstancias que, en el sistema urbano, refuerzan o disminuyen la disimetría de comportamientos y actitudes entre los sexos en su relación con el medio.

Partiendo de la consideración del carácter no neutral del espacio, se pretende estudiar las diferencias apreciables según sea el contexto geográfico, social e ideológico que se analiza. En este sentido, las encuestas efectuadas intentan analizar los procesos de mujeres que en un principio residían en el centro de París y que se han desplazado hacia las nuevas ciudades de reciente urbanización en la periferia parisina.

Para efectuar la evaluación de las estructuras urbanas en su relación con el espacio privado y en las dos situaciones indicadas, ha autora se basa en tres variables:

- Los comportamientos, a través de los parámetros espacio-tiempo de las actividades realizadas.

- La práctica de apropiación, o las modalidades de desarrollar lazos afectivos con los espacios frecuentados.

- El impacto de las formas urbanas y su contenido ideológico en relación con los comportamientos y las prácticas de apropiación.

Estas tres variables deben complementarse con otras de carácter psicológico, sociológico e ideológico que están en la base de las diferencias en la práctica del espacio según los sexos.

El trabajo pretende demostrar como las diferentes localizaciones espaciales en una misma estructura urbana (la aglomeración parisina), por sus características formales y su carga ideológica, por el contexto físico y humano en que están insertas y por la misma relación entre el espacio público y la vivienda, pueden contribuir a minimizar o, por el contrario, a acrecentar la disimetría de la práctica del espacio según los sexos.

El estudio analiza la relación de la mujer con el espacio público y los problemas que se derivan de esta relación. Se basa en el carácter ambiguo y contradictorio de la ciudad que, por una parte, es el ámbito privilegiado de la emancipación femenina (por las posibilidades de inserción social y de desarrollo personal que ofrece) y que, por otra parte, limita notablemente las posibilidades de la sociabilidad tradicional, comportando para la mujer situaciones de soledad y, a menudo, de mayor sumisión a la familia y a su papel tradicional.

La autora establece dos niveles para el análisis posterior: la escala temporal y la espacial. Respecto al primer concepto se analizan los actos repetitivos de la vida diaria que invaden y ordenan el conjunto de ámbitos de la actividad familiar, social, del trabajo, etc. La escala espacial analiza la relación de la mujer con las diferentes áreas en las que desarrolla su actividad: la vivienda y su entorno, el trabajo, el área comercial, ... En los dos niveles se parte del papel esencial que ejerce la vivienda como base de la inserción de la mujer en el espacio público urbano y en la modificación que, en esta relación, comporta el trabajo profesional.

El trabajo se fundamenta en las encuestas efectuadas a una muestra de población escogida entre mujeres de 25 a 40 años, casadas, con hijos y de categoría socio-profesional de cuadros medios o empleadas. Considerando el cambio del estatus social que comporta el desplazamiento del centro de la ciudad (en régimen de alquiler) a la periferia (acceso a la propiedad).

La valoración de las encuestas realizadas se efectúa en los diversos capítulos del trabajo a partir de una agrupación temática: la contraposición entre el medio de vida urbano y de la periferia, el papel que corresponde a la vivienda y a su uso como expresión del modo de vida femenino, las relaciones socio-espaciales y con el modelo comercial en una u otra localización, el entorno residencial y la vida social y la diferencia entre el barrio central y la nueva unidad residencial con las distintas etapas analizadas por Jacqueline Coutras.

La vida en el centro de la ciudad ejerce un fuerte atractivo residencial ligado directamente a la oferta de servicios y establecimientos especializados y marcado por diversos factores: físicos, sociales, económicos, ideológicos y simbólicos.

Los barrios periféricos tienen una función básicamente residencial y disponen de una estructura singular: población procedente de la ciudad, matrimonios jóvenes, de categoría socio-profesional mediana o modesta con voluntad de acceder al estatus de propietarios. Es en este último aspecto, el acceso a la propiedad, conjuntamente con la expectativa de una nueva forma de vida, en que se basa el atractivo de la nueva localización.

En este contexto diverso debe analizarse el papel que adquiere la vivienda como soporte y expresión del modo de vida femenina. La autora se pregunta sobre la necesidad de estudiar la relación vivienda-mujer como paso previo para estudiar su relación con el medio urbano.

Si bien es cierto que la nueva vivienda representa una mejora de las condiciones del anterior hábitat, debe considerarse también la carga ideológica que lleva consigo la nueva vivienda, inmersa en un «nuevo concepto de vida» que se ofrece desde el marco publicitario que enmarca estas actuaciones y que se transforma en valores especialmente deseados por las mujeres. Por otra parte, el acceso a la propiedad representa también un estatus deseado que lleva consigo valores añadidos de consolidación de la estructura familiar y de proyección futura.

El cambio de localización trae consigo variaciones en la organización del espacio-tiempo del trabajo familiar. Por una parte el trabajo del hogar se hace más cómodo (al disponer de medios y espacios adecuados) y, por el contrario, la misma estructura espacial obliga a un sistema urbano más rígido (desplazamiento, transporte urbano, etc.). Estos aspectos llevan a la autora a preguntarse respecto a la posible transformación del espacio-tiempo del trabajo familiar, no en cuanto a disponer de más tiempo libre, sino en una reintroducción del mismo bajo una

fórmula más agradable o casi lúdica, dentro del concepto del tiempo familiar de descanso.

Otros aspectos que se analizan se refieren a las diferencias entre el modelo comercial del centro de la ciudad y el de la periferia, considerándolos también como ámbitos de actividad y de relación social.

La relación con el entorno residencial y la vida social se da tanto en los espacios informales de encuentros (mucho más frecuentes en el centro), como a partir del diferente modelo que impone la nueva localización respecto a la relación más directa con vecinos, familiares y amigos.

Se establecen también las diferencias en cuanto a la distinción del ámbito público-privado de la vivienda y su entorno, muy definidos en la ciudad y más inconcretas en la periferia, donde la organización urbanística comporta la aparición de espacios intermedios relacionados, en cierta manera, con la colectividad, y que definen diferentes modelos de relación, más o menos obligada, con el entorno.

La diferente consideración del papel de la calle, en las dos localizaciones, parte de la transformación del carácter tradicional de unidad espacial-temporal en la vida diaria de la calle urbana, hacia un simple cauce para la circulación de vehículos en el modelo de nueva urbanización especializada.

En contraposición con la pérdida del carácter simbólico de la calle, la nueva ciudad ofrece el nuevo elemento de interés en la relación con el medio natural, en un modelo que se define con arquetipos de vida rural, contacto con la naturaleza, etc.

La cuestión a plantearse reside en si el cambio de vida que supone la migración del centro de París a los nuevos suburbios de la periferia ha comportado realmente un cambio en el modo de vida, un cambio de valores.

Es en este mismo sentido que se ponen en evidencia las dificultades propias de la vida en la ciudad (especialmente la segregación espacio-tiempo dentro o fuera del trabajo) que, de alguna manera, se ven reproducidas en la nueva localización (separación geográfica de la residencia y el trabajo), donde se produce una mayor uniformidad en la organización del espacio y donde la vida social oscila únicamente entre la vida de relación y el repliegue dentro de la propia estructura familiar. En cualquier caso, las encuestas ponen de manifiesto esta situación y, al mismo tiempo, el carácter irreversible del proceso migratorio, no tanto por motivos de carácter material, como por motivos ideológicos: las mujeres piensan haber alcanzado lo que iban justamente a buscar allí, una unidad en la vida diaria, con la familia como único eje.

La nueva ciudad organiza toda la vida, fuera del trabajo, al servicio de la familia. En una sociedad que contrapone el trabajo y el no trabajo, lo público y lo privado, las mujeres encuestadas deben escoger las prioridades del papel que deben representar: o bien el de madres y esposas, con el centro de atención en el hogar, o el de trabajadoras, con la prioridad situada en la empresa. Quizá resida en esta misma contraposición la satisfacción que se refleja respecto a este tipo de urbanismo que, por una parte, mejora las condiciones materiales propias de la realización de su papel tradicional y que, al mismo tiempo, pone en práctica un sistema de valores que consolida este mismo papel.

Esta situación no se produce de igual modo en el caso de las mujeres encuestadas que no trabajan. En este caso, el difícil acceso a otros espacios de realización produce un cierto fracaso personal; la sociabilidad inmediata que permite la vida en la ciudad no es posible. La ruptura res-

pecto al modelo dominante comporta la soledad o la evasión.

A la pregunta inicial respecto a si las diferentes estructuras urbanas analizadas comportan una distinta relación con el espacio público, sólo cabe una respuesta: el cambio del medio se reduce a aspectos funcionales y puntuales, pero no pone en cuestión el sentido de las prácticas tradicionales.

J. Coutras concluye que las estructuras urbanas, en el centro de la ciudad y en los nuevos barrios periféricos, reconoce una identidad a las mujeres como madres y esposas; las otras potencialidades de la ciudad escapan a las mujeres. En este contexto, las variables espaciales tienen la capacidad de crear, ampliar, modificar o atenuar la relación diferencial de los sexos en el espacio.

Margarita Castañer

Departament de Geografia,
Universitat Autònoma de Barcelona

BARTHEZ, Alice, 1982, *Famille, Travail et Agriculture*, Paris, Ed. Economica, 189 pp.

El libro de la socióloga A. Barthez presenta uno de los temas de interés más relevantes en los últimos años. Barthez analiza la transformación de la agricultura como estructura familiar de producción. Así, su libro *Famille, Travail et Agriculture* pone de manifiesto que, si bien la concentración de los medios de producción y la mecanización de la agricultura auguraban una transformación radical del trabajo agrícola hacia una forma análoga al del trabajo industrial, en el caso francés esto no ha sucedido, y se sigue encontrando en la mayor parte de las explo-

taciones agrícolas, la figura del «jefe de explotación» y las «ayudas familiares», que no son otras que los miembros de la familia. Delante de una agricultura que no se identifica por ser una actividad asalariada, el problema que Barthez plantea es cómo estudiar esta agricultura organizada en actividad familiar dentro del desarrollo capitalista de las sociedades industriales.

Para la autora, la dicotomía se plantea en el sentido de que la noción de agricultura familiar evoca inmediatamente unas actividades de subsistencia en que predomina más el autoconsumo que las actividades de mercado. Ahora bien, la producción agrícola para el mercado no deja de desarrollarse, al mismo tiempo que la actividad agrícola no deja de ser familiar. Barthez se cuestiona cómo se puede comprender este doble movimiento sin volver a analizar ambos componentes.

Si la unidad de producción es una familia, es decir, una pareja y sus hijos, en el momento que participan en la producción agraria sus relaciones de trabajo responden a las normas que rigen en las relaciones de la familia, entre el hombre y la mujer y entre los padres y sus hijos. El matrimonio y la sucesión, y, de una forma más general, el código de las relaciones entre los sexos y entre las generaciones, constituyen una parte de la actividad agrícola. Pero en la agricultura la producción del trabajo de la familia se vende en el mercado; en este momento las relaciones familiares se convierten en relaciones de trabajo, lo que significa en la sociedad industrial una referencia a las normas del trabajo asalariado. Barthez evidencia la dificultad de articular y mantener las relaciones de familia y de trabajo, que hacen de la familia una empresa y de la empresa una familia, sin que a la vez una sustituya a la otra.

Barthez analiza las difíciles relaciones